

# NO a la lucha de clases

## Coyuntura política

En la coyuntura política de nuestro país hay un grupo bastante heterogéneo de personas, grupos e instituciones que piensan que el presidente Hugo Chávez es un obstáculo tan insalvable para que el país conserve la normalidad y logre las transformaciones políticas y económicas indispensables, que se ha propuesto sacarlo de la presidencia a como dé lugar. El presidente Hugo Chávez y sus partidarios se afincan, por su parte, en la legitimidad de su mandato, producto de sucesivas elecciones ganadas por mayoría inobjetable, y alegan que quienes lo adversan son los representantes del antiguo orden en descomposición que no quieren perder los privilegios de que disfrutaban.

Nosotros también creemos que el Presidente se ha convertido en un obstáculo para la conservación de la paz social y para la realización eficaz de las transformaciones que necesita tan imperiosamente el país. Pero estamos igualmente convencidos de que la mayoría de quienes quieren sacar del poder a Chávez no asumen que las mayorías votaron en contra de un sistema de conciliación de intereses que se había vuelto elitista, que excluyó siempre al pueblo como sujeto, y que en los últimos veinte años lo excluyó incluso como destinatario de su gestión. Pero además esa posición se ha centrado en la persona de Chávez y no en el análisis sistemático de su gestión como Presidente haciendo ver sus falencias sustantivas y proponiendo alternativas superadoras. Si hubieran seguido este camino, o el Presidente habría rectificado a fondo o no estaría ya en la presidencia. Pero al centrarlo todo en la persona del mandatario, no han sido capaces de elaborar un programa de gobierno ni nuclear equipos capaces de llevarlo a cabo. El Presidente por su parte, al coaptar los organismos de control, que son la salvaguarda de la demo-

cracia, se ha privado del principio de realidad, tan indispensable a un mandatario, y se ha puesto en manos del principio del placer, es decir, de hacer todo lo que podía y quería sin preguntarse si eso era lo que debía, si los medios eran ajustados a derecho y sin prever las consecuencias.

Hay que reconocer que una situación política como la que hemos descrito sucintamente no es vivible por mucho tiempo. Ante esto, que se presenta como callejón sin salida, queremos hacer dos tipos de reflexiones. La primera es que la mayoría de los venezolanos no estamos de acuerdo con ninguno de los dos bandos. Por tanto ellos no pueden arrogarse la representación del país. Ellos se representan a sí mismos y no a todos los demás ni a las mayorías silenciosas. Entre ambos han acaparado todos los mecanismos de expresión y por eso, como viven enfrascados en su disputa, no son capaces de escuchar el sentir de las mayorías ni permiten que éstas se expresen. Las mayorías están angustiadas al comprobar adónde nos va llevando esta reyerta suicida y piden por amor de Dios, por lo que más quieran, un cambio de actitud de ambas partes. Piden y pedimos transformaciones sustanciales en el combate político y más todavía que ese debate se restrinja a la esfera política.

## Transformaciones en el combate político

El Presidente tiene que aceptar que la legitimidad democrática no está sólo en el origen de un gobierno, sino sobre todo en su desempeño, que tiene que ser apegado a derecho y eficiente en su objetivo de contribuir al bien común. En SIC de enero de 2001 editorializamos sobre este punto y remitimos a lo dicho, recalcando que la ineficiencia está no sólo en la falta de logros sino en la equivocación radical de lo que significa gobernar: se

## Editorial

ha preferido controlarlo todo en vez de administrar instancias necesariamente plurales; se ha buscado la incondicionalidad en vez del liderazgo; se han acometido retos puntuales sin percatarse de que los problemas estructurales requieren soluciones institucionales.

La oposición por su parte tiene que centrarse en la gestión del Presidente, pero evitando reducirse, como hasta ahora ha sucedido a ser su contracara. Si la oposición a Chávez ha de ser superadora y no una restauración de lo anterior, como le reprocha el Presidente, hay que elaborar bases nuevas, aprovechando los avances de la nueva Constitución y preparando correcciones oportunas a sus defectos. La oposición tiene que deslindarse entre sí programáticamente, para ver así qué les une y en qué divergen, y llamar al país a participar de ese debate sobre la dirección a seguir, sobre el perfil del país que queremos. La oposición tiene, pues, que ser más política en el sentido profesional del término. Esto incluye necesariamente un juicio sobre el desempeño de los actores económicos y el establecimiento de las reglas de juego en este punto.

Es claro que Chávez no ha entendido el punto y ha errado gravemente, con el resultado no sólo del desmantelamiento del aparato productivo sino sobre todo del empobrecimiento de las masas al optar por el expediente, comodísimo pero criminal para la población, de enjugar el déficit con la devaluación. No hay medida que atente más contra el bien del pueblo. Pero dicho esto, también hay que añadir que el desempeño del aparato productivo en estos veinte años deja tanto que desear como el de los políticos y el del gobierno actual. Una oposición política seria tiene que tomar en serio este problema. Si no es bueno para el país un populismo que

dé derechos al pueblo sin exigirle el cumplimiento de sus deberes, es igualmente pernicioso la conchupancia del gobierno con un empresariado ineficiente que pretende sustituir el riesgo y la creatividad necesarios en los negocios con el proteccionismo estatal.

En todos los números de SIC venimos insistiendo en puntos en los que debería cambiar tanto el gobierno como la oposición. A ellos nos remitimos.

### Reconducir el debate a la esfera política

Ahora queremos centrarnos en la segunda demanda de las mayorías a ambos contendientes: que mantengan su disputa en el nivel de lo político. Porque es cierto el peligro de que entremos en una fase de enguerrillamiento progresivo que equivalga, en el menos malo de los casos, a una guerra continua de baja intensidad. Ésta es una desgracia para el país incomparablemente mayor que el supuesto bien que ambos contendientes esperan alcanzar al lanzarse a la pugnacidad en todos los frentes.

Es cierto que la primera responsabilidad la tiene sin duda el presidente Chávez que no ha actuado como político sino como soldado. Ha considerado a sus adversarios políticos como enemigos militares que había que vencer en toda la línea privándolos completamente de poder. Con su palabra se ha dedicado sistemáticamente a destruir a sus enemigos. ¿Qué ha logrado? Ante todo que muchos de esos adversarios se hayan pasado a su juego y no consideren ya a Chávez como adversario político a quien superar políticamente obligándolo a que rectifique o llevándolo a que caiga al perder el apoyo del electorado, sino como enemigo a quien hay que sacar del juego a como dé lugar. Y en segundo lugar, que muchos

seguidores suyos consideren en efecto a quienes adversan al gobierno no ya como contendores políticos sino como enemigos de la patria y del pueblo. Ambas realidades empiezan a aparecer con cierta consistencia y son motivo de vivísima inquietud para cualquier venezolano responsable.

Se venía hablando con preocupación de los círculos bolivarianos y otras organizaciones del oficialismo por las actuaciones provocativas, digamos fascistas, de que habían hecho gala en diversas ocasiones vejando a personeros de la oposición. No es que esto sea desconocido en el país. Viene por el contrario del siglo XIX y en el siglo pasado no pueden pasarse por alto a los cabilleros de Acción Democrática. Pero pensábamos que a estas alturas de la historia éstos serían ya métodos superados. Pero lo que afloró el 11 de abril y en la noche de los saqueos iba más allá: eran grupos armados ilegales. Sembraron el terror igualmente en los barrios populares y en los sectores de clase media.

Es cierto que los sectores populares celebraron el regreso de Chávez porque con el modo como inauguró Carmona su mandato se imaginaron con razón que lo que venía iba a arremeter contra ellos. Pero esos motorizados armados y amenazantes no representaban a la mayoría. El resultado es que ya en los medios populares la gente no se atreve a decir lo que piensa sobre estos temas ni en voz alta, como acostumbraba, ni siquiera a media voz. Muchos no hablan del tema ni en familia. La gente se siente amedrentada. Éste no es el clima de una democracia sino de una dictadura, más aún, de un régimen totalitario en el que las organizaciones del sistema son las únicas que tienen carta de ciudadanía y quien no comulgue con ellas debe pasar agachadito porque no es sujeto de derecho para los que mandan discrecionalmente.

## Editorial

Para los conjuntos residenciales de clase media y media alta la escena del puente Llaguno fue un trauma. Pero en vez de procesarlo, se fue realimentando hasta parar en la paranoia colectiva en la que ahora se encuentran. Las reuniones de condominios para coordinar planes de autodefensa que incluyen armas y bombas molotov, además de alarmas, barreras y aceite para que se deslicen las motos, y entrenamiento para repeler el ataque, se desarrollan en un clima de guerra inminente en el que el enemigo es la gente de los barrios que ellos saben que son la mayoría. En un clima así nada cuentan, ni la común condición de ciudadanos, ni el trabajo ni la ciudad que nos convocan, ni tanta historia vivida juntos, ni siquiera los derechos humanos. Ante la amenaza percibida como total e inminente el enemigo pierde los rasgos humanos y pasa a ser sólo la personificación del caos, que hay que neutralizar a toda costa. Hablamos de actitud paranoica porque al noventa por ciento de los habitantes de barrios y sectores populares nunca se les ha pasado por la cabeza semejante expedición y a la mayoría del diez por ciento restante les parece una aventura descabellada. Y sin embargo, no se piensa en algunas brigadas del oficialismo sino en los habitantes de los cerros.

Nos preguntamos cómo hemos podido llegar a esta situación. Todavía en la década de los sesenta los empresarios venezolanos conocían a sus trabajadores y discutían con sus colegas latinoamericanos sobre este punto, tildándolos de oligarcas trasnochados. Les parecía un signo de modernidad, un avance en desarrollo humano e institucional, el tono llano en las relaciones laborales, no reñido con la necesaria disciplina e incluso con el conflicto o el forcejeo en asuntos de sueldos o condiciones laborales. Lo mismo podemos decir de los espacios públicos compartidos, el más cuali-

tativo de los cuales eran los museos en los fines de semana; o el trato igualitario y digno en el roce cotidiano entre personas de clases sociales distintas. Y lo más importante, la participación de integrantes muy cualificados de la burguesía en tareas públicas, sea en el ministerio de sanidad o el de obras públicas o educación o desarrollo social.

Sin embargo en las últimas décadas la burguesía se desmarcó de lo público y se confinó en lo privado, tanto en la dedicación profesional como en los espacios de la ciudad o los servicios. El resultado es una distancia tan grande que equivale a una exclusión. Si la publicidad es el clima de la democracia, las clases altas de Venezuela se marginaron hace tiempo de ella. Esta actitud hace violencia a aquéllos a los que se excluye y deshumaniza a quienes excluyen. Ésta es una violencia económica, social, política, antropológica. Los integrantes de las clases altas y medias que han incurrido en esta actitud tienen que reconocer que es destructiva para su propia condición humana y la de las mayorías excluidas. Ésta es la madre de las violencias. Sin este sustrato no habría calado la prédica de Chávez.

### Pagar el precio

Pero, gracias a Dios, no sólo muchas de las personas que se han plegado a este ambiente de guerra al enemigo pueden ser ganadas para una reconducción de la pugnacidad a los cauces meramente políticos, sino que la mayoría del país, tanto de los sectores populares como medios e incluso tal vez altos, no está en esta actitud de guerra y no quiere ser arrastrada a ella por ningún motivo. Estas personas deben salir a la calle. Su responsabilidad les debe llevar a sustentar públicamente su propia posición. Somos conscientes de que en el clima de intolerancia en que estamos esto tiene

su costo. Pero más alto será el costo que tendrán que pagar si dejan que los talibanes sigan su juego macabro.

Pedimos, pues, dos cosas: que la lucha se desarrolle únicamente por cauces políticos y que aumente sustancialmente la calidad de la contienda política. Y como caldo de cultivo para que las cosas se deslicen hacia estos derroteros, fomentar la normalidad, asentarse en ella, no ceder a los rumores, vivir la pluriformidad de la vida, aunque el ambiente esté enrarecido. Es el único modo de oxigenarlo y que se imponga la sindéresis y salgan a flote las energías más constructivas. Pero ponernos en la realidad y no en una trinchera ideológica o peor aún clasista exige reconocer que todos tenemos que pagar un precio alto para trasformarla superadoramente. Es tan difícil la empresa que somos necesarios todos los que apostamos por el país.